



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



16 de agosto de 1890



Núm. 146



EL CAZADOR Y LA PASTORA



## UN RATO DE CHARLA

**C**ONVIENE que no desperdiciemos las lecciones de la experiencia; y ninguna edad mejor que la vuestra ¡oh caros camaradas! para aprovechar las enseñanzas que de continuo ofrece la marcha de la existencia.

Ahí tenemos, por ejemplo, á Portugal. ¡Qué de entusiasmos, qué de acalorados discursos y de halagüeñas esperanzas, hace pocos meses, cuando ocurrió aquella disputa entre lusitanos é ingleses! Recuerdo, sin embargo, que al hablar del asunto me mostré perfectamente frío en medio de aquellas riadas de simpatías *por nuestros hermanos*, y, á la verdad, no me arrepiento.

Véase lo que están haciendo ahora nuestros excelentes vecinos desde que han sabido que andaba por ahí el cólera. Nos han cerrado á piedra y á lodo las fronteras, y entre Portugal y España han levantado los tan acreditados acordonamientos; gran recurso, en efecto, contra el cólera, como todo el mundo sabe.

Esta ha sido la respuesta de *nuestros hermanos* á los agasajos con que aquí les recibimos y á nuestros *fervorosos votos* por la *suspirada unidad ibérica*.

Y es que una cosa es predicar y otra dar trigo, bien que, aparte de esto, los portugueses no han hecho más que ser consecuentes con sus procedimientos de siempre.

¡La *unión ó unidad ibérica*! ¡Valiente fantasía! Y, sin embargo, no son pocos los que sueñan con ella.

¿Qué contestan los portugueses á los brillantes trabajos de nuestros iberistas Labra, Giner de los Rios y otros no menos conocidos? Pues aun estamos por saber que hayan publicado ellos ningún libro sobre España para hacerla amar, como han hecho con Portugal aquellos eminentes escritores.

Esa idea de la unión ibérica es una de tantas ilusiones como nos acreditan de pueblo lleno de imaginación, pero de poco sentido común. Las uniones no se hacen nunca de grado, sino á la fuerza. Si Garibaldi y sus *mil* no hubiesen desembarcado en Marsala, aun se llamaría allí Sofia la hermosa y valerosa reina en vez de llamarse Margarita (señora, por otra parte, de las más elevadas virtudes y recomendables prendas). Y si Ricotti no hubiese penetrado por la brecha de la Puerta Pía, en lugar de llamarse Hum-



berto el rey de los Estados Pontificios, se llamaría León XIII. No sé de ningún país que haya podido redondearse por el platónico deseo de sus habitantes.

No digo esto porque yo desee que se conquiste á Portugal, sino para quitarle de la cabeza, al que lo piense, que esa unidad podría realizarse por sufragio universal. No: repito que no quiero se conquiste á Portugal. ¡No nos faltarían más que ellos para que no acabáramos de entendernos! Una nación como España no puede pensar en engrandecimientos de territorio, sino en sacar todo lo posible de su suelo y no meterse en honduras.

Quéjense algunos bien intencionados escritores de que nos tratemos poco con Portugal; pero, á la verdad, no veo yo la falta que hace. Enhorabuena que nos enteremos de lo que sucede y se adelanta en Francia, Italia, Inglaterra, la América Española, etc. Pero ¿qué tenemos que ver nosotros con Portugal? ¿Qué nos han de enseñar los portugueses? ¿Qué dinero han de hacernos ganar? Lo mismo nos importa en este sentido Portugal que Turquía, y aun menos, pues á lo menos hacemos con Turquía un gran comercio de gallinas, mientras que Portugal puede hacernos, y nos hace, la competencia en la exportación de vinos.

Por lo tanto, si los portugueses (cosa que no ha hecho Francia) cierran su frontera á nuestros ferrocarriles, allá se las hayan, y peor para los que se meten con ellos para nada, ya que semejante proceder da la medida de lo que se puede esperar de su amistad. Eso sí: el día que vengan con nuevos lloriqueos sobre que los ingleses se les comen vivos, darles por respuesta lo de que cada palito aguante su vela, pues bien dejan que en nuestra actual tribulación aguantemos solos esta vela de ahora, poco grande en medio de todo.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





## EFICACIA DE LA MÚSICA

(Conclusión)

\*  
\* \*

Una preocupación tan errónea como anticuada hace que se considere el estudio de los instrumentos de viento como altamente nocivos á las personas delicadas y un tanto predispuestas á contraer afecciones que interesen á los órganos respiratorios. Los propagadores de tan infundada teoría deben ignorar que, al igual de un cerrojo que se enmohece cuando permanece inactivo, los órganos del individuo se debilitan de una manera extraordinaria si se les condena á forzosa esterilidad.

El doctor Burg, autor de la metaloterapia, ha demostrado, de una manera que no deja lugar á dudas, que la *gimnasia pulmonar* está rigurosamente indicada para el tratamiento de las tuberculosis. El hecho es incontrarrestable, pues es ya sabido que para la curación de la tisis se obliga á los enfermos al ejercicio de una respiración metódica y casi artificial, que suple en parte la deficiencia de su respiración irregular y fatigosa. Se indica asimismo, como precaución muy indicada y de seguros resultados, que los enfermos canten ó reciten, bien que sin fatigarse, pues está plenamente demostrado que la gran mortalidad que la tisis causa entre los sordomudos tiene por causa fundamental la inactividad á que se ven obligados sus pulmones, á los cuales, á falta de ejercicio, no les es posible conseguir el debido desarrollo, cediendo al fin al estrago de su espantosa debilidad.

Según gráfica expresión del doctor Cabarrero, «el canto es el mejor aceite de hígado de bacalao para evitar el desarrollo de la tisis.»

El doctor Chené, infatigable propagandista del método musical de Galin-París-Chené, dice en una obra recientemente publicada: «Cuando la música forme parte entre las asignaturas de enseñanza obligatoria, disminuirá mucho el número de pechos estrechos y contraídos y de rostros pálidos y enfermizos en nuestra sociedad.»

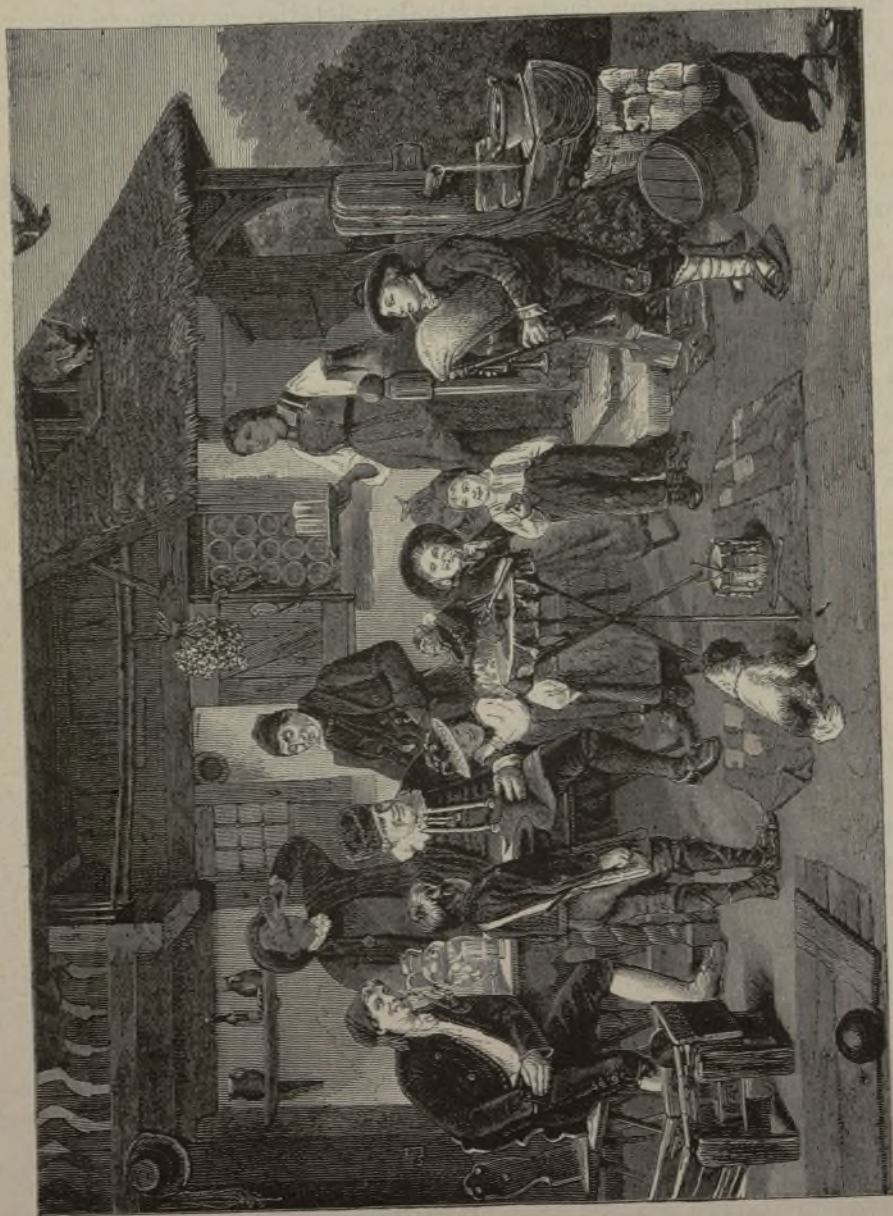
Por lo que dejamos apuntado se desprende la conveniencia de la enseñanza del canto ó de algún instrumento de viento, practicando siempre ambos ejercicios con método y precaución, particularmente las personas cuyo aparato respiratorio sea un tanto delicado, ya que, á la par que fortifican su pecho, les preservan de las consecuencias que podría ocasionarles la inercia de un órgano de influencia tan inmediata en la salud.

Un ejemplo de ello ofrece la familia Sax, tan conocida y celebrada en el mundo musical.

La madre de la célebre María Sax, la incomparable *Valentina de Los Hugonotes*, murió á consecuencia de una tisis, dejando once hijos huérfanos,



todos ellos de muy temprana edad. María y sus hermanos Alfonso y Alejandro aprendieron el canto la primera, dedicándose los segundos al estudio de



El músico ambulante

un instrumento vocal, alcanzando los tres una edad relativamente avanzada sin haber percibido el más ligero síntoma ni la molestia más insignificante reveladoras del germen de una enfermedad infaliblemente hereditaria. En cambio, sus ocho restantes hermanos, que aprendieron el piano ú otros ins-



trumentos de cuerda, murieron todos de la terrible enfermedad que les había arrebatado á su madre. A propósito de lo ocurrido con su familia, dice Sax en una interesante revista: «Las personas que se dedican á la práctica de los instrumentos de viento se distinguen, en general, por el desarrollo de su pecho, lo ancho de sus hombros y su robustez particular; detalles en completa oposición con los que caracterizan á los seres amagados de la tisis. Todo lo contrario se observa entre los émulo de Paganini y los pianistas: testimonio de ello Lizet, Litolff, Haller y A. Dupont, cuyos nombres citamos por descollar entre los más celebrados.

»Dos de mis hermanos y yo,—continúa diciendo Sax,—que nos dedicábamos al estudio de instrumentos de viento, y María, que optó por el vocal, hemos sido los únicos, entre once, que nos hemos librado de la tisis, desgraciadamente hereditaria en nuestra familia. Independientes de los síntomas externos que ponen de manifiesto el desarrollo y vigor de los artistas que tocan instrumentos vocales, distínguense asimismo por su excelente apetito y su pronta y fácil digestión. Para que el estudio de dichos instrumentos surta el deseado efecto, es preciso, como ineludible precaución, que el primer cuidado del profesor consista en enseñar el difícil y delicado arte de *respirar bien*.

Por su parte, el doctor Maricourt, que prosigue con grande entusiasmo el sistema prescrito por la metaloterapia, recomienda el estudio de los instrumentos de cobre, por creerse que el germen de la tisis se adquiere por medio de la propagación de un microbio que dicho metal tiene la propiedad de destruir; al igual que el cobre galvanizado, que se considera como preservativo de grandes resultados en épocas de epidemia colérica.

Añadiremos, como *mot de la fin*, que, según se desprende de una curiosa estadística publicada recientemente en una revista francesa, se ha observado, en las orquestas y bandas militares, que los individuos que tocan instrumentos de cobre son los menos sujetos á las bronquitis, resfriados y cuantas dolencias dimanen del aparato respiratorio. Este dato, más que elocuente, es decisivo, dejando resueltamente planteada la solución de un problema de grande trascendencia para la sociedad.

ANTONIA OPISSO

---

## MARINA

(BOCETO)

**E**L sol hería de soslayo la arena de la playa, que, brillante y ardiente, se mejaba polvorienta planicie de oro en la que mil frágiles barquichuelos hallábanse encallados, rodeándoles algunas parduscas redes extendidas á secar.



Confundidos con el suspirar del fresco vientecillo de abril, oíanse los mil rumores de distintos tonos que, saliendo de las pobres viviendas de los pescadores, se unían al monótono son que produce el romper de las olas rodando con sus bordes de blanca espuma sobre la planicie de la playa.

Poco á poco fué desapareciendo la luz del sol tras las últimas casas de la próxima ciudad. Algunas barcas que como blancas gaviotas veíaselas poco antes cual colocadas en la línea que forman la mar y el cielo en su tan ficticia como lejana unión, fueron arribando á la playa. Robustos pescadores saltaron á tierra, y, merced á forzudos bueyes, consiguieron ver sobre la arena, libres de los embates de las olas, sus barcas, con la pesca que, vendida en los mercados, debía dar el sustento de sus familias.

La última barca que se columbró en el lejano horizonte, fué, aquel día, la de Pablo. Antes de ocultarse el sol su mujer y su hija, una pequeñuela de carita desvergonzada de puro vivaracha y vocecilla alegre, ya le esperaban sentadas en el borde de un barcucho viejo y roto en las peleas marinas.

Aun tardaría una hora lo menos en llegar á la playa el tío Pablo, como le llamaban sus compañeros. El viento soplaba en dirección contraria y era preciso navegar á fuerza de remos... Y el tío Pablo, aun cuando sus robustos brazos podían arrastrar la red más cargada de peces, no era posible de ningún modo que resistiera una hora ó más de remar continuo, llevando la barca repleta de pesca y estando un poco alborotada la mar desde que el sol se ocultó, cediendo el espacio á la luna, que encapotada en aquellos momentos no podía menos que, aun contra su voluntad, dejar que algunas parduscas nubes cubrieran de sombra la playa, poco antes tan alegre, tan risueña, tan llena de calor y vida.

—¡Dios quiera que pronto llegue padre!—dijo con voz algún tanto triste—na la esposa de Pablo.

—¿Por qué?—preguntó la muchachita.

—Las nubes con el viento barren el suelo, y milagro será que en breve no se desate la tempestad.

Y, en efecto, la esposa de Pablo, como buena hija de la playa, no se equivocó en sus predicciones. A la media hora, cuando rendido y sin fuerzas el pobre pescador había bogado con ahinco hasta recorrer la mitad del camino que antes le faltara para arribar á la arena, allá en el fondo del oscuro cielo brilló, breve y fatídico, el resplandor del relámpago. El rumor del trueno no se hizo esperar. Al mismo tiempo gruesas gotas de lluvia descendieron de las nubes. Las olas, encrespándose y rompiendo sobre la arena, llegaron á salpicar á la familia de Pablo, esto es, esposa é hija, únicos seres que le restaban en el mundo, al noble marino, para su apoyo y consuelo.

A la siniestra luz del relámpago pudo verse á corta distancia de la orilla la barca de Pablo y á éste, que, sentado frente á la popa, remaba con vigor y valentía. Sobre la arena, en pie, cogidas de la mano, mirando con ansiedad al cielo, estaban madre é hija.



¿Rezaban? Sí: el nombre de la Virgen del Carmen, patrona de la gente del mar, brotó de los labios de aquellos seres, que no tenían más bien en el mundo que el amor del esposo y el cariño del padre.

La lluvia aumentó, llegando á ser torrencial. Pablo luchaba con las enfurecidas olas, que parecían querer salpicar las nubes, por lo altas que se elevaban, sin poder, á pesar de sus esfuerzos, llegar á la orilla salvadora.

—¡Piedad, Dios mío!—murmuró la esposa del pescador.

Y la niña, sin saber por qué, inconscientemente, como si tuviera verdadera conciencia del peligro que amenazaba á su padre, murmuró también:—¡Pie-



I.—El primer ferrocarril eléctrico de Berlín

dad, Dios mío!—con quejumbrosa vocecilla y acento de entrañable ternura, á la par que sus rodillitas desnudas se doblaban, sus manos pequeñuelas se unían y sus ojitos negros de muñeca se fijaban en el oscuro y nublado cielo, mientras mentalmente murmuraba una oración espontánea, no aprendida, una oración de esas que sólo se pronuncian cuando la angustia invade el corazón, y que son, sin duda, más verdaderas que todas las que se aprenden y pronuncian rutinariamente.

¡Siempre el rezo de un ángel fué el que mejor acogida tuvo en el cielo!

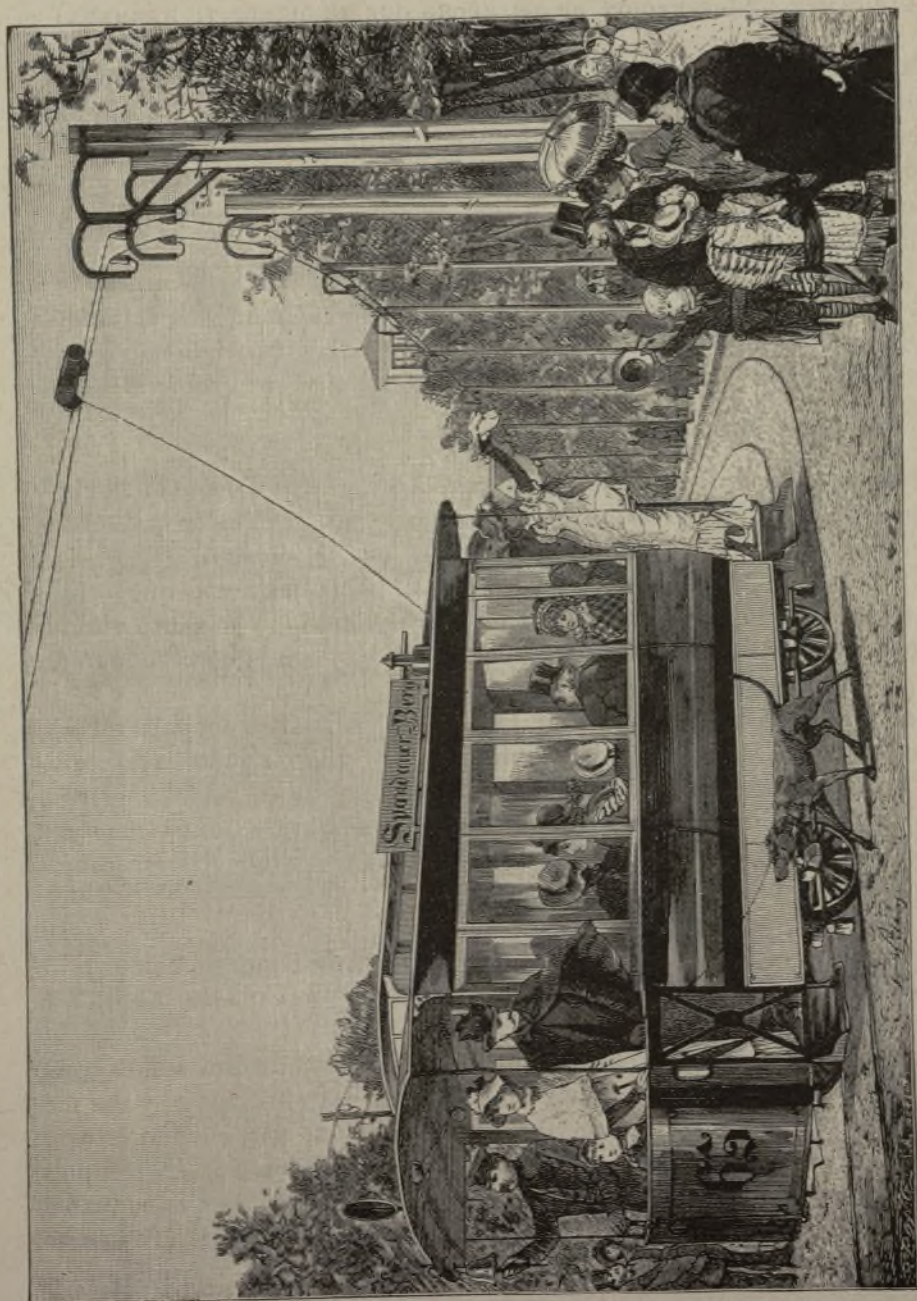
Brevemente las nubes se disiparon, el temporal abatió sus alas, rieló la luna sobre las todavía tumultuosas olas, que poco á poco fueron calmando su furia, y la barca de Pablo pudo llegar, al fin, á chocar con la arena húmeda y fresca de la tranquila playa.

Al mirarse unidos aquellos tres seres en estrecho abrazo, grata sensación de ternura y gratitud, brotando de sus corazones, ascendió al cielo en forma de respetuosa plegaria.

Merced á la intervención de la retozona niñita, todo había quedado reducido á una ligera tempestad precursora del verano.

LUIS DE VAL





II.—El nuevo ferrocarril eléctrico



## LOLINA

(INSIGNIFICANTE DEMOSTRACIÓN DE LO MUCHO QUE TE QUIERE TU HERMANA)

CON la velocidad del rayo veía acercarse el día de tu santo, y con nada podía felicitarte que llamara tu atención, pues todos los medios para hacerlo estaban agotados. Hallábame ensimismada en este pensamiento, cuando de repente vino á sacarme de mis hondas cavilaciones mi aturdida imaginación proponiéndome como último recurso la tosca historieta que más adelante te escribo.

A la protagonista pongo tu mismo nombre, no con la idea de que la imites en su falta ni mucho menos, sino con la de que si alguna vez, faltando á la inmejorable conducta que hoy observas, te tuerces descendiendo á cualquier mala costumbre, te corrijas en seguida, pensando, si te reprenden, que sólo es para tu bien.

.....  
Era una hermosa tarde del mes de marzo. Abrigada casi como en el rigor del invierno, pero demostrando por su sofocado rostro el calor que sentía, salía acompañada de una criada, la hermosa Lolina, del colegio.

Su alegre semblante hacía adivinar á cuantos la miraban que estaba muy contenta. ¡Ya lo creo! ¡Como que el día siguiente era su santo y había convidado á todas sus amigas al baile y refresco que con el correspondiente permiso de sus papás había de celebrarse!

Apenas llegó á casa, corrió á besar á su mamá, la cual se ocupaba en preparar confituras y licores para la próxima fiesta. Dignóse ayudarla la pequeña hasta que llegó la noche.

Cuando ésta inundó la tierra con sus miedosas sombras, Lolina cenó y se fué á la cama para poder resistir al día siguiente la tarea que la esperaba y para no dormirse en la fiesta nocturna.

.....  
Aunque poco, ya hemos hablado algo de Lolina, pero aun no hemos tenido tiempo de bosquejar su figura ni dar á conocer sus cualidades. Ahora que duerme lo haremos con más tranquilidad.

Su rostro era blanco como el ampo de la nieve, sus cabellos rubios como la flor del oro, sus alegres ojos de un color castaño eran hermosos, y sus mejillas y pequeños labios cubría un vivo carmín, dejando ver, cuando éstos se entreabrían, unos dientes blancos pero algo desiguales, sin duda por el poco cuidado que, dos años antes, al cambiarlos por los diminutos que ocupaban aquellos lugares, tuviera de no tocarse sus huecos con la lengua. Todo esto, unido á su angelical gracia, daban á Lolina un aspecto bello, encantador.

Lolina era muy aplicada, no sólo para las lecciones del colegio y de casa,



sino para sus costuras y bordados. Todo cuanto se proponía lo sacaba con curiosidad y aseo.

Pero la picaresca tenía una imperdonable falta.

Cuando su mamá daba á la niña cualquier golosina para que la compartiera con sus hermanos y amigas, en vez de dar á éstos las partes más espléndidas, como hace toda persona generosa, Lolina se apropiaba de una cantidad mucho mayor de la que en realidad le correspondía.

Observado por los padres el egoísmo de la niña, discurrieron un medio de corregirlo antes que su feo vicio tomase más proporciones.

¡Oh! Cuando hacía con sus hermanos ó amigas una de estas malas acciones, ¡horror! su blanco rostro se trasformaba en lívido verdoso, sus labios y mejillas en un tinte morado indefinido, sus ojos se desencajaban de un modo horrible, formando así, en vez de la figura de una preciosa niña, la imagen de un endemoniado diablillo.

Pasó la noche y amaneció un hermoso día.

Llegó la tarde y desde bien temprano empezó Lolina á recibir á sus amables amiguitas.

Los amigos de sus hermanos fueron también convidados.

Jugaron, bailaron, tocaron, cantaron, y, ya oscurecido, cuando más engolfados se hallaban en sus infantiles diversiones, vino á interrumpirles una inesperada voz dada desde una de las puertas del salón, que dijo:

—¡Vamos, niños, á tomar un pisolabis!

Al oír esta exclamación, cada niño dió el brazo á una niña y desfilaron las parejas para el salón del refresco.

Instalados ya en éste, los papás de Lolina y algunos parientes empezaron á obsequiar á la numerosa concurrencia.

Lo que más llamaba la atención de los circunstantes era una inmensa batea, colocada en medio de la gran mesa de los dulces, que era ocupada por infinidad de copillas llenas de licor, todas del mismo tamaño á excepción de una que sobresalía un buen pedazo de las demás y que al parecer estaba llena del mismo líquido.

Lolina recibió varios regalos felicitándola, á los que correspondió con cortes y acertadas palabras para dar las gracias.

Ocupábanse todos en devorar lo que tenían en sus platos, cuando de pronto, la misma voz que poco antes se había oído en el salón de baile, volvió á decir:

—Lolina: para que obsequies á todos, reparte las copitas de licor que tiene esa batea, dando una á cada uno.

La niña fué cogiendo dos á dos y dando á cada cual una copita. Todas las distribuyó, pero quedaba la grande, la cual con toda idea había dejado Lolina.

Antes de coger la última, miró á todos lados, y con gran sorpresa y alegría vió que nadie más que ella faltaba.



La egoísta cogió la copa, y sin vacilar la vació casi toda en la boca.

Al momento, con repugnancia y poniéndosele la cara horrible como nunca, dejaba la copilla sobre la mesa y echaba de la boca el líquido, haciendo mil mohines.

Los niños, que estaban advertidos por el papá de la ambiciosa, en seguida empezaron á palmotear y hacer guasa de ella.

Lo que la copa grande contenía era un mejunge inofensivo, pero de insoportable sabor, que habían preparado los padres de Lolina para corregir á ésta su única falta.

El sofocón que la niña pasó no es para contado: no por el mal sabor del líquido, sino por la vergüenza que le hicieron pasar las oportunas aunque fingidas burlas de sus amigas.

Lolina quedó escarmentada, y desde entonces nunca más volvió á incurrir en la detestable falta con que tantas veces había burlado á los que la trataran; y como éste era el único defecto que la niña tenía, desde entonces, por donde quiera que iba, la señalaban con el dedo para poner ejemplo á sus hijos ó parientes pequeños.

.....  
Esto, hermana mía, es lo que te ofrezco como recuerdo de tu memorable día en este año. Acéptalo como pequeña aunque sincera prueba de lo mucho que te quiero.

SOLEDAD MARTÍN Y ORTIZ DE LA TABLA

---

## ❧ NUESTROS GRABADOS ❧

---

### EL CAZADOR Y LA PASTORA

Anochece. El ganado se retira á su aprisco. Un cazador, de vuelta á casa después de la fatigosa jornada, entabla interesante conversación con la pastora, presenciando el *desfile* del rebaño.

### EL MÚSICO AMBULANTE

La escena es en el Tirol. Un niño, músico ambulante, llega á un mesón con todos sus cachivaches y el mono sabio, su inseparable compañero. ¡Qué alegría en aquella honrada familia cuya vida monótona viene á interrumpir la llegada del apuesto tirolesito! La escena no puede ser más interesante, contribuyendo á ello el aspecto de esos niños, que no caben en sí de contentos al ver las habilidades del sabio mono, con sus anteojos y su violín, que parece talmente una persona.

### EL FERROCARRIL ELÉCTRICO DE BERLÍN

Hace ya algunos años, y sólo como por vía de juguete, funcionaba en Berlín un ferrocarril eléctrico, del cual se puede formar idea por nuestro



grabado I. Perfeccionada la invención, como sucede con todos los adelantos,



¡Qué catástrofe!

realizóse la construcción de otro ferrocarril de más pretensiones (II), habiéndose generalizado hoy su uso hasta ser cosa corriente.



## ¡QUÉ CATÁSTROFE!

Era un hombre alto y seco y huraño  
de mal genio, brutal, solterón.  
Juan Palomo pudiera llamarse  
según era de sí egoistón.  
Un perrito faldero tenía  
insolente y asaz bullidor,  
aunque el pobre pasaba unas hambres  
que de ellas nos libre el Señor.  
Sucedió, pues, que un día, el faldero,  
poseído de un hambre feroz,  
retozaba en la cama en que su amo  
tomaríase luego un tazón  
de aromático moka con leche  
y una libra de pan del mejor.  
Nuestro hombre leía el diario,  
cuando cata que sale un ratón,  
y el faldero, hambriento cual nunca,  
se aprovecha de aquella ocasión  
de matar su gazuza, y de un brinco  
arremete contra el roedor,

destrozando de paso el periódico  
y rasgando el mullido edredón;  
con lo cual, irritado el buen hombre,  
poseído de horrible furor,  
enarbola iracundo su puño,  
larga un pie, y con un ímpetu atroz  
descoyúntase el mísero lecho,  
y, cual nuevo forzado Sansón  
pereciendo aplastado en el templo,  
cae el amo debajo el jergón.  
Quiere el hombre apoyarse en la mesa  
donde hierve el ardiente licor,  
y la mesa, cediendo á su peso,  
se trabuca, y con ella ¡qué horror!  
se derrama el café sobre el amo  
y le escalda que da compasión,  
mientras corre el travieso faldero  
persiguiendo al cuitado ratón.  
En resumen, un susto mayúsculo  
y sin sopas el pobre señor.

## LA LECCIÓN DE VIOLÍN

Vemos aquí un maestro y un discípulo á cual más no poder simpáticos. Léese pintada la bondad y la inteligencia en el rostro del consumado profesor, y el entusiasmo y la aplicación en el del futuro Sarasate. ¡Qué lindo debería ser lo que toca ese niño... si se oyese!

## JUANITO Y RAFAELA

(Continuación)

Ya se comprenderá que semejantes discursos no eran muy á propósito para que la niña le cobrase grande afecto á D.<sup>a</sup> Emilia.

Al día siguiente del en que Tula había echado á Rafaelita el más largo de sus sermones, la chiquilla se divertía jugando en el jardín de su casa, por el cual había dicho que podía pasearse, excepto de noche. Gertrudis, que hacía calceta sentada en un banco, no advertía, muy ocupada en la tarea, que la niña cogía flores para hacer un ramillete; pero habiéndose D.<sup>a</sup> Emilia acer-



cado al balcón, si lo vió. Quiso la desgracia que uno de los mayores placeres de Juanito fuese cultivar aquellas flores, que había plantado casi todas, y puédesse calcular qué contrariedad no experimentaría D.<sup>a</sup> Emilia en vista de aquel estrago. Abrió el balcón bruscamente, y, trémula de cólera, comenzó á gritar:

—¡Gertrudis! ¡Gertrudis! ¡Impídale V. que coja más flores! ¡Dígale V. que no las coja nunca si quiere que le permita que baje al jardín!

—Ya no cogerá más, señora,—respondió Gertrudis, toda asustada;—ya no cogerá más: puede V. tenerlo por cierto. Pero la pobre rapaza no creía hacer ningún mal, como en Aragón...

—En Aragón tenían Vds. mucho terreno,—interrumpió D.<sup>a</sup> Emilia de mal humor;—y aquí no es lo mismo, dicho sea de una vez para siempre.

Y se cerró el balcón.

Apenas había oído Rafaelita las primeras palabras de su madre, cuando tirando las flores por la arena había echado á correr, no parando hasta el fondo del jardín, en una cabañita que allí había, en la cual la encontró Gertrudis deshecha en lágrimas.

—No, no, chiquilla: la culpa es mía, pues yo hubiera debido advertirte que no hay que coger ramilletes en un jardín tan chico; pero como ya le he prometido que no sucedería más, se le pasó ya el enfado.

—¡Quizás me pegará mañana, Tula!

—¡Qué es pegar! ¡Por Dios, Rafaelita, sé juiciosa! Te digo que mamá no piensa más en el asunto. Apostaría á que no te habla palabra de eso.

A la verdad, no estaba Gertrudis muy convencida de lo que afirmaba; pero, pensando que bastantes trabajos se pasan siempre en un día, pensó que por entonces lo más urgente era consolar á la pobrecita, y se apresuró á conducirla á la Plaza de Oriente para que jugase con las demás niñas.

Al día siguiente era domingo, y Juanito salió del colegio para pasar la fiesta al lado de su madre.

—¡Rafaelita! ¡Rafaelita!—exclamó Gertrudis entrando en el cuarto, de vuelta de la cocina, donde había ido por el almuerzo.—¡Hoy sí que estarás contenta! Acaba de llegar tu hermanito y cuando iremos á ver á mamá no la encontraremos sola ni pensará en hablarte de las flores de ayer.

—¿Almorzará, pues, con ella?

—Claro que sí, y después se lo llevara á comer al campo, como hace siempre. Así, comamos con buen apetito, pues nadie nos reñirá.

D.<sup>a</sup> Emilia, que, según costumbre, había ido á ver á su hijo al colegio muchas veces durante la semana, le había enterado de la llegada de Rafaela, no creyendo deber ocultarle que la pobre muchacha era la chiquilla más llorona, más salvaje y más arisca que se pudiese imaginar. No por eso tenía Juanito menos deseos de ver á su hermana; y así, cuando Rafaelita entró en el gabinete, se levantó de la mesa y corrió hacia ella del mejor talante.

(Se continuará)





La lección de violín

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Talar: Ancha de San Bernardo, 38, principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTISTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA